

HALLAZGOS INCAICOS EN TILCARA Y YACORAITE (UNA REINTERPRETACION) *

Pedro Krapovickas

PROPOSITOS

En este escrito efectuaremos una reinterpretación de los hallazgos de restos incaicos realizados por nosotros con anterioridad en dos poblados fortificados de la quebrada de Humahuaca: Pucara de Tilcara y Pucara de Yacoraite. Se trata de un taller de lapidario, existente en la primera de esas instalaciones, y de un edificio imperial que se levantaba junto a la segunda (Krapovickas, 1964 y 1968). Cuando concretamos la publicación de esas investigaciones adelantamos algunas conclusiones. Pero las mismas resultan hoy totalmente limitadas y se impone una actualización de los problemas entonces planteados. La nueva orientación lograda en la región andina central por los estudios sobre la organización política y económica del imperio incaico, especialmente a partir de los trabajos de Murra y otros investigadores en la zona de Huanuco, Perú, proporciona un marco teórico muy novedoso que facilita una reinterpretación más ajustada y también más rica de esos hallazgos nuestros.

Un renacer de los estudios incaicos se ha manifestado últimamente, como reflejo, en nuestra arqueología. La necesidad de un replanteo en este campo del conocimiento ha sido señalado también por otros investigadores. Como producto de este movimiento podemos citar dos trabajos muy recientes de González y Raffino en los cuales, con enfoques algo distintos, se ofrecen panoramas generales sobre el tema. Nosotros, en esta ocasión, lo que haremos será retomar dos casos específicos que hemos estudiado hace algunos años. Aprovechando el conocimiento que tenemos de ellos en nuestra calidad de excavadores mostraremos primero cuál fue nuestra visión de entonces y señalaremos a continuación qué es lo que podemos expresar ahora tomando en cuenta las nuevas orientaciones. En nuestro cometido surgirán, inevitablemente, más de una coincidencia con lo que dicen nuestros colegas.

* Esta es una versión actualizada de un trabajo presentado en diciembre de 1981 en la "Jornada para la ocupación incaica del Noroeste Argentino", patrocinada por la Sociedad Argentina de Antropología.

LOS HALLAZGOS

Presentaremos a continuación una breve síntesis de esos dos hallazgos. El primero, el concretado en Pucara de Tilcara, lo realizamos a fines de 1955, mientras se desarrollaban tareas de restauración en esa instalación indígena (Krapovickas, 1964). En la zona más alta de ese sitio excavamos tres recintos que, vinculados entre sí, constituían un taller de lapidario. Eran de medidas regulares, de cuatro metros de largo y dos de ancho, aproximadamente, cada uno. Los tres estaban en hilera en un extremo de un patio. El central era trapezoidal y los otros dos subrectangulares.

Si bien los recintos habían sido ya parcialmente limpiados para su restauración, lo que quedaba de ellos era aún muy importante, hecho que determinó su excavación exhaustiva. Esta excavación produjo una interesantísima industria y proporcionó información sobre las actividades desarrolladas en esa vivienda. El recinto sur era un depósito o colca donde se acumulaban gran cantidad de trozos de materia prima, mármol y alabastro, destinada a la confección de adornos. Se comunicaba con el recinto central, o taller propiamente dicho, por medio de una abertura o ventana estrecha que estaba por encima del piso. El recinto central contaba con dos pequeños depósitos en sus ángulos nor y sudeste, en los que había herramientas y materiales para confeccionarlas. Esto indica que este recinto fue el taller principal. El tercero o septentrional, era una habitación o alcoba ya que en su ángulo noroeste apareció un entierro directo de párvulo con pequeño ajuar. En esta habitación se encontraron también, no obstante, muchos objetos terminados o casi terminados y herramientas.

Los objetos que allí se confeccionaron tienen un notorio carácter suntuario ya que fueron hechos con mucho cuidado con materiales vistosos y especialmente elegidos como mármol, alabastro y ámbar. Se hicieron principalmente cuentas y colgantes de diverso tipo pero hay también otros objetos como cucharas, pequeños recipientes cilíndricos, torteros y tejos. Las cuentas y colgantes tienen diversas formas. Hay cuentas cilíndricas de forma corriente. Pero las más notables son cónicas muy alargadas. Otras son trapezoidales. Se destacan varios colgantes con forma de llama o alpaca. Hay varias réplicas de conchas marinas realizadas en mármol rojizo que resultan sumamente interesantes. Todos estos elementos constituyen un conjunto abigarrado y colorido cuya sola enumeración testimonia su carácter e importancia.

Junto con estos adornos se encontraron las herramientas —martillos, sierras, perforadores y pulidores— empleadas en su confección. Como aparecieron también muchos objetos abandonados en distintos pasos de fabricación, se pudo reconstruir todo el proceso del trabajo desarrollado por estos artesanos. Se recuperaron además trozos de objetos de hueso, un fragmento de crisol, un poco de mineral cuprífero, pedazos de ocre y piedras teñidas de rojo. El complejo cerámico incluía una mayoría de tipos locales y dos tiestos incaicos. Uno era del estilo Inca Pacajes.

Pero nuestros hallazgos de objetos confeccionados con mármol y alabastro no fueron los únicos ni los primeros que se realizaron en Pucara de Tilcara. También Schuel, viejo arqueólogo aficionado residente en Tilcara exhumó materiales similares. Los describió brevemente, mencionando además las herramientas empleadas en su fabricación (Schuel, 1930). Los materiales de Schuel se encuentran depositados actualmente en el Museo de Ciencias Naturales de La

Plata, formando parte de la colección Muniz Barreto. Nosotros pudimos hacer un estudio de esos objetos y los publicamos dando una descripción detallada de los mismos. Esta constituye nuestra segunda contribución a este tema (Krapovickas, 1961).

Hay también varios conjuntos de materiales de esta clase en las viejas colecciones del Museo Etnográfico de Buenos Aires. Algunos se originaron en los trabajos que Ambrosetti y Debenedetti efectuaron en ese sitio en las primeras décadas de este siglo. Otros, obtenidos por excavadores desconocidos, llegaron a ese museo como donaciones de particulares. Debemos mencionar además otro hallazgo semejante al nuestro aparecido el mismo año, 1955, durante las tareas de restauración previas a nuestro arribo a Tilcara. Al limpiarse una vivienda que luego se reconstruyó totalmente, se encontraron adornos de mármol y alabastro. Esta vivienda está muy cerca de la que nosotros excavamos y en ella uno de los recintos también parece una colca ya que tiene una estrecha ventana en lugar de puerta. Por último cabe señalar que, en superficie, aparecieron trozos de mármol en otras construcciones en ruinas, no excavadas aún, contiguas a la investigada por nosotros sugiriendo que podría tratarse de otros talleres parecidos.

El segundo hallazgo que también reinterpretemos en esta ocasión lo llevamos a cabo algunos años después, en 1959, en Pucara de Yacoraite (Krapovickas, 1968 y 1969). Este lugar es conocido por la instalación fortificada del mismo nombre que está en la parte más alta de un morro aislado. Su cumbre se eleva aproximadamente a unos 100 m sobre la playa del río Grande de Jujuy el que corre por el fondo de la quebrada de Humahuaca. Este poblado, localizado en una notable posición estratégica y fuertemente defendido por murallas escalonadas, está en la confluencia de la quebrada del arroyo Yacoraite con la de Humahuaca. Parece controlar, como otras instalaciones similares de la misma región, un antiguo camino que vinculaba posiblemente al oeste árido del macizo puneño con el este subtropical de las sierras subandinas.

Una amplia terraza fluvial del arroyo Yacoraite, que posee una superficie muy uniforme, se extiende al oeste del morro sobre el cual están las ruinas. Sobre ella había una construcción incaica hoy por desgracia totalmente desaparecida a raíz de las obras de rectificación de la ruta nacional N° 9 (Carretera Panamericana). En esa construcción efectuamos excavaciones en febrero de 1959. El edificio estaba muy cerca del poblado fortificado, a unos 30 a 50 m del pie del citado morro. Tenía 195 m de norte a sur y 165 m de este a oeste.

El conjunto consistía en una construcción central que era un rectángulo perimetral compuesto que tenía los lados mayores orientados de norte a sur. En su extremo meridional había cuatro recintos. Uno era cuadrado y los otros tres rectangulares. El lado oeste del rectángulo estaba constituido por dos muros paralelos que formaban una especie de corredor de 2 m de ancho y 72 m de largo. Este edificio principal que estaba algo desplazado hacia el este con relación al centro geométrico de todo el conjunto de construcciones se encontraba rodeado por otros dos grandes patios concéntricos de planta subcircular. Uno lo circundaba completamente. El otro, el más externo, sólo se extendía por el sur y el oeste del conjunto. Contra la pared externa de este tercer patio, pero en el interior del mismo se adosaban una serie de siete habitaciones. Otras construcciones adicionales se levantaban en el ángulo sudeste del complejo. Los trabajos de 1959 consistieron en el relevamiento de todo este conjunto de patios

y recintos y en varias excavaciones. Estas últimas se realizaron en dos de los recintos meridionales del rectángulo perimetral compuesto central y en un espacio que servía de comunicación entre el patio de ese rectángulo y el primer gran patio circular que lo rodeaba. Ese espacio estaba relleno artificialmente con piedras.

Los dos recintos excavados fueron los más occidentales de la serie de cuatro que cerraban por el sur al rectángulo perimetral compuesto central. Los muros mostraban una excelente factura. Eran dobles y habían sido hechos con piedras unidas con el barro rojo del arroyo Yacoraite. El basamento de los muros era de piedras más grandes y las paredes se unían formando ángulos rectos perfectos. De acuerdo a lo que se había conservado de los muros y por la cantidad de piedras existentes en los derrumbes se calculó que esas paredes pudieron llegar a tener originariamente, hasta 3 m de altura. Resultaba evidente que los recintos carecían de entrada ya que su perímetro estaba completamente cerrado y no había vanos para puertas. En cambio se observaron, en las paredes, varias piedras sobresalientes que sirvieron indudablemente como peldaños para ascender. Estos peldaños estaban en las paredes que daban hacia el patio interior del rectángulo perimetral compuesto.

En estos recintos se encontraron muy pocos materiales arqueológicos. La mayor parte estaba integrada por fragmentos de cerámica, algunos de los cuales eran indudablemente incaicos. Los pisos de los recintos proporcionaron muy pocos vestigios y en consecuencia la tarea de seguirlos fue muy dificultosa. En cambio entre las piedras de los derrumbes de las paredes había un número algo mayor de tiestos los que evidentemente habían sido incluidos en el barro usado como argamasa para construir los muros. El gran patio del rectángulo perimetral compuesto central también carecía de abertura de entrada. Un espacio libre en el ángulo sudoeste había sido cegado deliberadamente por un amontonamiento artificial de piedras. Ese edificio, que constituía el núcleo del complejo de construcciones que aquí se describe, reveló algunas características arquitectónicas especiales. Entre ellas figura un zócalo que acompañaba a la base de las paredes en su frente exterior.

INTERPRETACION INICIAL DE LOS HALLAZGOS

Cuando hicimos nuestras investigaciones en Tilcara y Yacoraite, en la década del 50, el marco teórico dentro del cual nos movíamos resultaba muy restringido aún. Era todavía la época de la lucha cronológica. La arqueología argentina, especialmente la del Noroeste, estaba pasando por un período muy particular de su desarrollo como ciencia. Recién se estaban superando los efectos de aquella época en la cual, siguiendo las ideas de Boman los investigadores creían que todos los restos que encontraban en las excavaciones eran contemporáneos y habían pertenecido casi sin excepción, a los aborígenes del siglo XVI conocidos por los conquistadores europeos.

Por otra parte no se tenían todavía ideas demasiado claras sobre la expansión incaica por el Noroeste. Durante mucho tiempo los arqueólogos argentinos rechazaron la posibilidad de una dominación política efectiva de la región por parte de los incas. En consecuencia se manejaban conceptos tan imprecisos como intercambio, contacto, influencia o aculturación. En ese momento de la

historia de nuestra arqueología, que fue cuando nos correspondió hacer los hallazgos aquí comentados, los restos incaicos interesaban esencialmente como indicadores cronológicos fundamentales destinados a fijar, por su asociación con elementos vernáculos, una secuencia temporal relativa.

Pero a pesar de esas limitaciones logramos concretar en aquel momento algunas conclusiones. Las mismas quedaron expresadas principalmente en nuestras publicaciones arriba mencionadas, dedicadas específicamente a estos hallazgos (Krapovickas, 1961, 1964, 1968 y 1969). Pero también hay referencias sobre este tema en un artículo general que dimos a conocer en 1959 (Krapovickas, 1959). Las observaciones y conclusiones elaboradas en aquel entonces se reseñan a continuación.

Personalmente, a nosotros, los hallazgos de Tilcara y Yacoraité nos sirvieron para convencernos de que los incas conquistaron de una manera real al Noroeste y que el mismo pasó a formar parte del imperio en forma efectiva. Esa aceptación, por nuestra parte, de la dominación cusqueña surgió fundamentalmente de la impresión causada por la gran cantidad y la notable calidad de los vestigios incaicos. Pero, como no existían aún herramientas teóricas adecuadas no se podía hacer todavía una interpretación ajustada de esos hallazgos atribuyéndoles un significado en función de los verdaderos engranajes que movilizaban al poderío político imperial.

La artesanía descubierta en los talleres de Pucara de Tilcara resultaba indudablemente de neto corte incaico. Los colgantes con figuras de auquénidos (llamas o alpacas) fueron tomados como indicadores principales. Se agregan otros dos tipos de colgantes que, según la información que poseemos aparecen en sitios incaicos del Perú. Los de forma cónica fueron encontrados en Machu Picchu (Rowe, 1946, lam. 79a) y los trapezoidales se han hallado en Sacsaihuaman (Valcarcel, 1935, lam. VIII). Pero los objetos aparecidos en Tilcara no se trajeron desde el Perú sino que fueron confeccionados en ese lugar, tal como lo demuestra todo el proceso de fabricación allí reseñado. Todo esto indica que si bien los adornos fueron producidos en Tilcara, las ideas y los modelos eran netamente peruanos.

Ya señalamos que el conjunto cerámico obtenido en los recintos excavados por nosotros mostraba una mayoría de tipos locales. Había, en cambio, un mínimo de alfarería incaica. Aparecieron sólo dos fragmentos pero no pertenecen a tipos claramente cusqueños. Uno de ellos es un trozo de un clásico plato Inca Pacajes. Este hecho, una industria netamente cusqueña encontrada en recintos en los que había principalmente alfarería local resultaba contradictorio y no nos permitía lograr una explicación convincente del hallazgo.

Si bien estábamos seguros de que había existido una conquista y la consiguiente dominación política, las bases teóricas que entonces podíamos utilizar para lograr una interpretación se referían de una manera vaga, como ya dijimos, a la influencia y la aculturación. Pero estos procesos eran enfocados desde afuera con consideración exclusiva de los vestigios muebles recuperados arqueológicamente. No obstante pudimos intuir que en este caso la influencia inca había sido muy importante y que generó una aculturación muy intensa. No solamente se habían aceptado modelos importados directamente desde Cusco sino que también fue adoptada la técnica adecuada para producirlos. El hallazgo representaba indudablemente un momento muy tardío del período de dominación incaica de la zona. Con relación a quienes pudieron haber confec-

cionado estos objetos proponíamos dos alternativas: serían artífices peruanos venidos desde lejos o se trataría de artesanos locales que habrían aprendido el oficio según nuevas modalidades recién adquiridas. Esta segunda posibilidad era la que más nos atraía.

Al considerar el posible destino de estos objetos se pensó que esta artesanía habría generado un movimiento de intercambio o comercio. Pero la existencia de tales actividades resultaba difícil de probar ya que en la región los elementos producidos por esta artesanía han sido encontrados, hasta ahora, solamente en Pucara de Tilcara. No tenemos noticias de su hallazgo en ningún otro sitio de la quebrada de Humahuaca. Por eso supusimos que esos adornos y objetos tan especiales fueron confeccionados para abastecer a los ocupantes cusqueños de este importante poblado fortificado.

Resultaba indudable que las tareas desarrolladas en estos talleres constituyeron la actividad principal de un sector importante de la población del lugar. Pero no fue la única labor cumplida por estos artesanos. El hallazgo de colorantes hace pensar en la fabricación de cerámica y la presencia de mineral de cobre y un trozo de crisol señalan también la práctica de la metalurgia. La demanda de materia prima, mármol y alabastro, necesaria para crear tantos objetos suntuarios generó, sino duda, una intensa actividad minera en algún paraje aún desconocido donde estaban las canteras. El traslado de los bloques cortados en tamaños adecuados, ya sea con llamas o por hombres, habría generado un importante "intercambio o comercio", entre Tilcara y ese lugar.

Todo lo anterior señala que la producción de esos objetos de adorno en Pucara de Tilcara fue muy importante. Los otros hallazgos similares al nuestro, realizados con anterioridad y de los cuales dimos cuenta, indican que allí existieron varios talleres dedicados a esta industria. Todos, o parte de ellos, se localizaban en el sector más elevado del poblado constituyendo un verdadero barrio de lapidarios.

El edificio de Yacoraité aquí presentado fue considerado incaico dadas sus características arquitectónicas y por los materiales que en él se hallaron. Al concretar el diagnóstico se le dio particular importancia a la planta que presentaba la construcción central. Esta última con su contorno perfectamente rectangular y los recintos adosados a uno de sus extremos resultaba un rectángulo perimetral compuesto incaico típico. Las series de tiestos recogidos en este lugar confirmaban la filiación cultural atribuida al hallazgo. Algunos eran claramente incaico, aunque, como en Tilcara, tampoco de tipos cusqueños clásicos. Otros eran humahuacas locales y un tercer grupo estaba integrado por fragmentos inclasificados que eran evidentemente intrusivos. También había restos cerámicos inca en el poblado fortificado. Pero aquí eran muy limitados ya que sólo aparecieron varios fragmentos y muy contadas vasijas enteras. Llama la atención que el edificio incaico estudiado no tuviera defensas y se levantara sobre un llano muy cerca del poblado alto fortificado, desde el cual podía ser controlado. Esto significa seguramente que cuando aquél estuvo ocupado reinaba paz en la zona.

Las excavaciones de dos de los recintos del rectángulo perimetral compuesto revelaron muy pocos restos sobre sus pisos. Había escasas muestras de fogones y la existencia de esos pisos se podía señalar sólo gracias a la localización de muy limitados fragmentos de cerámica o algunos trozos de huesos situados horizontalmente a una misma profundidad. La pobreza de estos pisos

resultaba más evidente si se los comparaba con aquellos tan potentes, gruesos y llenos de vestigios que habíamos encontrado en las viviendas de Pucara de Tilcara y del poblado fortificado de Pucara de Yacoraite.

En la parte excavada del rectángulo perimetral compuesto se daban una serie de circunstancias muy particulares. Tanto los recintos como el gran patio colindante carecían de accesos evidentes. A los primeros se entraría pasando por arriba de las paredes mediante los peldaños formados por piedras sobresalientes. Los pisos mostraban que la ocupación de los recintos fue muy limitada. Además parecían no haber sido techados, ya que no se encontraron vestigios de techos. Esos recintos no eran habitaciones, por lo tanto el gran rectángulo perimetral central al cual pertenecían no fue una vivienda. Supusimos, además, que esos recintos completamente cerrados, sin puertas a nivel del suelo, podrían derivar de antiguas casas semisubterráneas, a raíz de lo cual se les habría otorgado valor sagrado. Por todas estas razones llegamos a la conclusión de que esa construcción debió tener una finalidad religiosa. Todas estas interpretaciones relativas al edificio imperial de Yacoraite se veían reforzadas por lo expresado por otros autores respecto a la función sagrada que poseyeron ciertas construcciones incaicas "dado el alto grado de prestigio y aceptación obtenido por la religión peruana" (Madrazo y Ottonello, 1966, p. 63).

UNA NUEVA INTERPRETACION

Como reacción contra aquella vieja posición que consideraba que todos los restos arqueológicos eran contemporáneos, el trabajo arqueológico de aquellos años de la década del 50 estuvo marcado por un interés principal: la determinación de secuencias cronológicas ajustadas. Se trataba de conocer el pasado en su máxima profundidad temporal. Así la información arqueológica pasó a tener principal importancia como fuente de conocimiento y de interpretación. En cambio los escritos de la época del descubrimiento y la conquista, el otro medio con que contamos para investigar sobre el pasado de la vida indígena americana, fueron bastante dejados de lado. Esto ocurrió por dos razones fundamentales. Como era de esperar, los arqueólogos estuvieron mucho más interesados en conocer los vestigios correspondientes a los períodos más antiguos para cuyo estudio los documentos y las crónicas no eran válidos. Por otra parte, el mal uso y abuso que se había hecho de ellos en nuestra arqueología durante el tiempo en que imperó aquella visión sincrónica carente de perspectiva temporal determinó, en cierta medida, que el empleo de documentos y crónicas como auxiliares de los estudios arqueológicos se desprestigiara.

Pero en la actualidad las indagaciones etnohistóricas en América han recobrado renovados bríos, revitalizándose y modernizándose en sus enfoques. De esta manera el análisis documental se ha transformado en un colaborador muy adecuado de las investigaciones arqueológicas. Se han descubierto nuevos y ricos escritos del siglo XVI como las visitas de Garci Díez de San Miguel a la provincia de Chucuito y la de Iñigo Ortiz de Zúñiga a la de León de Huánuco. Como resultado de esto se han emprendido trabajos interdisciplinarios por parte de etnohistoriadores, etnólogos y arqueólogos. Entre éstos cobran singular importancia los estudios iniciados por Murra y sus colaboradores en la zona de Huánuco con relación a la estructura social y política del imperio incaico

(Murra, 1975, 1978 a y b, 1980; Wachtel, 1976; Morris y Thompson, 1970; Morris, 1972 a y b, 1978). De esta manera se han logrado elementos fundamentales para una comprensión más profunda de los restos arqueológicos del período incaico.

Los diversos vestigios, tanto los edificios como los objetos ya no serán usados solamente como simples indicadores cronológicos o como meros hitos que marcan la máxima expansión de las conquistas de los Incas sino que también podrán ser interpretados en cuanto a su función y servirán como verificaciones, al mismo tiempo, de las hipótesis propuestas por la etnohistoria. En los párrafos que siguen trataremos de concretar una revisión de las conclusiones iniciales referidas a los hallazgos de Tilcara y Yacoraite guiados en nuestra tarea por algunas de las propuestas de los trabajos recién citados. Este análisis lo haremos teniendo en cuenta tres de los componentes fundamentales de la organización económica y social del imperio incaico: tributo, redistribución y reciprocidad.

EL TALLER DE TILCARA

A los criterios utilizados en nuestra primera interpretación para determinar la filiación incaica del taller —los rasgos generales que muestra toda la industria y la aparición de cerámica inca— podemos ahora agregar un elemento más, en este caso de carácter arquitectónico. El recinto meridional puede ser considerado como una colca o depósito típicamente incaico. Este depósito tenía en lugar de puerta una estrecha entrada en forma de ventana que se abría en la pared por arriba del nivel del piso. Este es un rasgo que se observa en las colcas estudiadas por Morris en Huanuco Pampa, la capital provincial inca de la región de Huánuco en el centro del Perú (Morris y Thompson, 1970). También debemos citar como otro posible rasgo incaico, señalado ya por González (1982, p. 68), a la presencia de dos vasijas gemelas en el entierro de párvulo encontrado en el taller estudiado por nosotros.

La existencia de ese taller en Tilcara no podía ser explicada simplemente como un resultado final de un proceso de difusión, dado todo ese conjunto de características incaicas tan definidas. Cuando hicimos nuestra primera interpretación intuimos que este hallazgo implicaba una presencia importante del poderío de los soberanos del Cusco, pero desconocíamos cuál pudo haber sido el rol desempeñado por ese taller y todos esos objetos de adorno en tal contexto. Ahora estamos en condiciones de proponer una hipótesis que nos parece muy plausible. La elevada cantidad de objetos total o parcialmente terminados que se han recuperado indica que esta no fue una simple actividad aldeana destinada a abastecer necesidades locales sino que se trata de una producción muy amplia organizada, indudablemente, a nivel estatal. Podemos suponer entonces que estos talleres sirvieron para canalizar una parte muy importante del tributo que, en forma de trabajo, debían prestar los lugareños sometidos. Estos recintos con todo su contenido constituyen el testimonio arqueológico de una prestación artesanal.

Los de Tilcara fueron talleres estatales que estuvieron dirigidos posiblemente por personajes incaizados llegados no del Cusco sino de otras regiones del imperio. La cerámica Inca Pacajes sugiere que tales funcionarios pudieron

proceder de lugares del Collasuyu vecinos al lago Titicaca. Pero, según pensamos, quienes trabajaron en estos talleres fueron principalmente artesanos omaguacas locales quienes, a pesar de estas imposiciones seguían manteniendo sus costumbres autóctonas y sus tipos cerámicos propios. Esto es lo que nos indica la composición del conjunto alfarero recuperado en los recintos excavados por nosotros.

Había un notorio interés de parte del poder incaico por las artesanías. Tanto la etnohistoria como la arqueología confirman la existencia de talleres estatales, si bien dedicados a otras actividades. Murra (1978 b) analiza la información que traen algunas fuentes escritas sobre un taller de ceramistas en la zona del lago Titicaca. Según lo señala Morris, en Huanuco Pampa se ha localizado un conjunto de 40 talleres dedicados a la confección de tejidos en gran escala (Morris, 1978, p. 943). Estos talleres estaban rodeados y encerrados por un muro. Dado el gran valor que tuvieron los tejidos para los Incas, Morris sugiere que existió una estrecha vigilancia de esos talleres por parte del estado. Esta vigilancia aparece expresada arqueológicamente por esa muralla. En Pucara de Tilcara podríamos señalar cierto paralelismo. Nuestro taller no estaba solo, cerca había otros. Pero aquí no hay ninguna pared que los rodeara y aislara del resto de la instalación. Pero casi todos, según suponemos, estuvieron situados en la parte más alta del sitio, la que creemos que fue al mismo tiempo la más protegida. Pensamos que esta localización es un indicio de un interés similar del estado inca por los talleres de Tilcara.

La abundancia de cerámica fragmentada, tanto tosca como decorada, la presencia de fogones y particularmente el hallazgo de un entierro de párvulo indican que esos recintos constituyen un taller vivienda en el cual trabajó y vivió alguien. La elevada cantidad de objetos allí fabricados muestra que sus ocupantes debieron permanecer durante bastante tiempo en ese lugar dedicados a esa tarea. Esto conduce naturalmente a la idea de especialistas de tiempo completo o casi completo que, por lo tanto, quedaron exentos, en mayor o menor medida, del tributo de trabajo agrícola al cual estuvieron obligados los restantes pobladores del lugar.

Los objetos estudiados no poseyeron una funcionalidad práctica concreta. Fueron adornos, pero no adornos simples sino que tuvieron gran valor y aceptación ya que su amplia producción condujo a la creación de esos talleres controlados por el estado. La etnohistoria nos muestra que los tejidos tuvieron un papel muy destacado ligado a aspectos rituales propios de la reciprocidad andina (Murra, 1975, p. 145). Los ornamentos tan cuidadosamente terminados fueron con seguridad complementos imprescindibles de los vestidos. De esta manera podemos vincularlos con la industria textil y extender hacia ellos el papel tanto económico como ritual que tuvieron los tejidos. En apoyo de esto cabe recordar que en esos talleres también se confeccionaron torteros de piedra de formas muy prolijas. La posible importancia ritual de los adornos de Tilcara queda insinuada por algunos de los motivos elaborados por estos artesanos como las figuras de llamas y de conchas marinas.

Un dato que consideramos muy significativo para la formulación de hipótesis con relación al destino final del producido de los talleres, consiste en el hecho de que estos objetos fueron encontrados exclusivamente en Tilcara. Pero incluso en este lugar parece que sólo se los localizó en estos talleres y no en las tumbas. En los otros sitios contemporáneos a Pucara de Tilcara, como Pu-

cara de Yacoraite y La Huerta, donde hay importantes testimonios de la conquista incaica, tampoco se descubrieron materiales de este tipo. Sólo en La Huerta se encontró un único objeto que podría compararse con los productos artesanales tilcareños, pero la mención es demasiado breve como para deducir algo más concreto (Lafon, 1954, p. 76).

Con respecto a lo anterior sugerimos dos alternativas: a) que en esos otros sitios no hubo materiales de este tipo; b) que existieron pero eran muy limitados en número y su presencia no ha sido denunciada aún por la arqueología. Es muy posible que esto último sea lo que realmente ocurrió. Entonces podemos pensar que todavía no fueron encontrados o que, descubiertos por alguno de tantos saqueadores anónimos, lamentablemente se perdieron.

Podemos comparar ésto con lo que sabemos de la cerámica de Huanuco Pampa. Aquí, la capital inca de la región, la cerámica de tipo cusqueño, pero con rasgos locales, es la que predomina. Se supone que fue fabricada por los habitantes de la zona como imposición tributaria. Pero en las aldeas autóctonas contemporáneas a ese centro, investigadas arqueológicamente, no existe, salvo una excepción: en la de Ichu. Esta fue, según los documentos, la residencia de Paucar Guaman, curaca principal de los Chupaychu, una de las etnias sometidas a los incas. Esto significa que fuera de la ciudad de Huanuco Pampa la cerámica incaica estuvo restringida a una clientela muy selecta (Thompson, 1967; Morris, 1972 a y b, 1978).

Pensamos que algo parecido pudo ocurrir con las cuentas y los colgantes de Pucara de Tilcara. Fueron fabricados posiblemente para ser repartidos por los enviados del Inca entre los curacas locales como retribución personal a servicios también personales. Constituyeron así, seguramente, igual que los tejidos de cumbi, un elemento principal en el sistema de prestaciones recíprocas. Falta que los arqueólogos individualicemos en algún poblado de la quebrada de Humahuaca, igual que en Ichu, la hipotética casa, o la tumba, de alguno de esos jefes en la cual se pudieran encontrar algunos de estos adornos.

Estamos seguros de que la explotación de los materiales de piedra en las canteras de origen, lo mismo que su transporte hasta Tilcara, también estuvieron controlados y organizados por el estado para asegurar una provisión adecuada de materia prima. Esto proporciona un factor adicional que permite agregar una variante a la hipótesis propuesta. Según Murra (1978 b, p. 420), ciertos talleres estatales pudieron estar en lugares en los cuales existieron los recursos apropiados para el cumplimiento de sus funciones. Esto nos hace suponer que esta industria de objetos de mármol, alabastro y ambar se localizó en Pucara de Tilcara pues este sitio estaría muy cerca de las referidas canteras. Podemos completar este pensamiento agregando que quizás ese centro de tan alta productividad no solamente abasteció a las necesidades de su zona sino que es muy posible que exportara su excedente hacia regiones más alejadas. Se generaría así un circuito redistributivo mucho más amplio cuyos límites máximos resultan difíciles de fijar con la información con la que contamos actualmente.

EL EDIFICIO INCAICO DE YACORAITE

Como dijimos, en el complejo arquitectónico incaico de Yacoraite nosotros practicamos sólo excavaciones en dos de los recintos meridionales del rectán-

gulo perimetral compuesto central y en un espacio que servía de entrada a su patio. También señalamos que estas ruinas han desaparecido totalmente a raíz de trabajos viales recientes. Desconocemos si durante este episodio, trágico para la arqueología, se recuperaron elementos ni cuál pudo haber sido su destino. Por todo ésto las hipótesis que aquí proponemos son limitadas y no pueden ser motivo de verificación.

Todo este conjunto de construcciones tuvo, seguramente, una importante función vinculada con la administración política y económica del imperio incaico en la zona de Yacoraite. El rectángulo perimetral compuesto central no fue ni vivienda ni se lo utilizó con fines religiosos, como suponíamos, aunque, como veremos, los aspectos rituales vinculados con su función no pueden ser descartados totalmente. Ahora pensamos coincidiendo con González (1982, p. 69) que sus recintos meridionales, dos de los cuales investigamos, fueron colcas o depósitos incaicos. Desconocemos el empleo dado a las otras construcciones ya que no las excavamos. Creemos que algunas pudieron servir también para almacenaje y que otras fueron las viviendas de los funcionarios o guardianes. Nos resulta imposible determinar si tuvieron algún otro uso.

La suposición de que los recintos rectangulares del extremo meridional del rectángulo perimetral compuesto central fueron colcas surge de dos hechos: en su interior no apareció ninguna señal de ocupación lo que indica que no fueron habitaciones y no tenían puertas. Si fueron realmente colcas, debieron poseer estrechas ventanas por arriba del nivel del suelo como los depósitos de Huanuco Pampa (Morris y Thompson, 1972) y como vimos que había en la colca con mármol y alabastro de Tilcara. Pero las aberturas de las colcas de Yacoraite no dejaron señales de su existencia pues las porciones superiores de sus muros fueron desmanteladas para utilizar sus piedras en construcciones actuales. Lo que se conservó fue la parte que quedaba por debajo de las ventanas de entrada. De allí la ausencia de vanos para puertas. Las piedras sobresalientes de las paredes sirvieron para trepar y entrar o salir por esas aberturas y no por la parte superior de las paredes como creímos inicialmente.

Debemos reconocer que dos de nuestros supuestos, que estos recintos eran remedos de casas semisubterráneas y que no estuvieron techados, resultaron erróneos. Lo primero queda descartado al considerar que fueron colcas. Con relación a lo segundo ahora pensamos que, cuando el lugar se despobló, no sólo se vaciaron los depósitos de su contenido, sino que también habrían sido despojados de los techos. Estos estuvieron hechos seguramente con troncos y la madera es muy rara y demasiado valiosa en estas regiones como para dejarla abandonada y sin uso.

No sabemos qué es lo que se guardaba en estas colcas. Podemos suponer que allí se almacenaron para su posterior redistribución los productos agrícolas resultantes del trabajo de mitayos en las tierras del sol y del Inca. Cerca de Pucara de Yacoraite, al sur de la unión del arroyo del mismo nombre con el río Grande de Jujuy hay terrenos bajos suficientemente amplios y fáciles de regar que podían ser cultivados sin mayores preparativos. La importancia que tenía para el estado incaico el almacenamiento de los bienes producidos por el trabajo de sus súbditos justifica y explica la posición central que poseía el rectángulo perimetral compuesto con las colcas dentro del conjunto. No debemos descartar del todo la posibilidad de un uso ritual atribuible a estos edificios. Existían aspectos rituales y ceremoniales que eran propios del sistema redistri-

butivo de los Incas. Las actividades a ello ligadas pudieron haberse desarrollado en algunos de los grandes patios de este complejo de Yacoraite de manera similar a lo que ocurrió en las plazas de Huanuco Pampa mencionadas por Morris (1978, p. 943).

Este conjunto de construcciones está localizado en una situación muy particular. Como se vio, no tenía defensas y se levantaba sobre un espacio llano al pie del poblado fortificado, fuera de sus murallas. La elección de este lugar para su instalación se debería a que los funcionarios incaicos encargados de su construcción no encontrarán un espacio adecuado en el interior del poblado alto ya que en el mismo hay una densa concentración de viviendas. En cambio la superficie uniforme de la parte baja ofrecería mejores posibilidades para el desarrollo del amplio proyecto que involucraba su planta.

CONCLUSIONES

Para lograr una reinterpretación más sustanciosa y actualizada de nuestros hallazgos de Tilcara y Yacoraite hemos buscado el apoyo de lo afirmado últimamente por la etnohistoria y la etnología con relación a la organización política, económica y social del estado incaico. Con este refuerzo teórico podemos plantear nuevas hipótesis respecto al real significado de esos hallazgos. Resumimos brevemente esas hipótesis a continuación.

En los talleres de Pucara de Tilcara la artesanía descripta fue desarrollada bajo una supervisión estatal imperial por artesanos locales que trabajaron como tributarios. El estado se encargaría también de la explotación de la materia prima en las canteras y de su aprovisionamiento adecuado. La gran cantidad de esa materia prima almacenada y el elevado número de adornos confeccionados señalan una productividad muy elevada.

Existen dos posibilidades que no se excluyen respecto al destino que tuvieron los ornamentos. Esos objetos, seguramente considerados como muy valiosos eran distribuidos entre los jefes locales en cumplimiento de las relaciones recíprocas establecidas entre el inca y los curacas. Pero, pensando que los talleres se instalaron en Tilcara porque las fuentes de materia prima estarían muy próximas, creemos también que esos talleres pudieron abastecer además a todo un territorio muchísimo más vasto que, indudablemente, trascendía los límites regionales. De esta manera esta actividad quedaría inscrita en el complejo sistema del control vertical de múltiples recursos naturales.

El edificio de Yacoraite fue con seguridad el lugar donde estuvieron las colcas imperiales que sirvieron a la zona de influencia de ese sitio y en las cuales se almacenaron los productos originados en el tributo laboral de los súbditos. En este mismo lugar, rodeada seguramente de muchos elementos rituales y ceremoniales se concretaría la redistribución de esos bienes.

El hallazgo de Tilcara confirma el interés de los Incas por la explotación de las riquezas mineras del Noroeste Argentino (González, 1982; Raffino, 1982). Pero creemos que este no fue el único interés del estado incaico. Resulta evidente que hubo además una fundamental necesidad política y económica de control de gentes por parte de ese estado (Murra, 1980, p. 284). Por lo menos en la quebrada de Humahuaca, donde los numerosos sitios tardíos señalan una importante densidad poblacional, tal necesidad pudo quedar satisfecha. Lo

mismo ocurrió, tal vez, en otras zonas del Noroeste. Tanto este último como Chile fueron conquistados seguramente porque en su expansión natural, después de anexar al Collasuyu, el imperio incaico debió someter ineludiblemente a esas dos regiones. Nadie podrá dudar ya que nuestro Noroeste formó parte de ese imperio de una manera efectiva. También resulta evidente que esa dominación fue exitosa ya que se logró, incluso, una convivencia pacífica con las poblaciones locales. Es lo que demuestran ya no sólo la cantidad de los vestigios incaicos encontrados sino también la calidad de muchos de ellos.

Buenos Aires, setiembre de 1982

BIBLIOGRAFIA

- GONZÁLEZ, ALBERTO REX. 1982. Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del imperio. Implicaciones socio-culturales. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, vol. XIV, Nº 1, Nueva Serie, 1981. Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, Pedro. 1959. Poblados y ciudades indígenas. Revista de Educación, noviembre-diciembre 1959, año IV, Nc 11-12 (Nueva Serie). La Plata.
- 1961. Algunos materiales de Tilcara pertenecientes a la colección Schuel del Museo de La Plata. Revista del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, tomo I, 1959. Rosario.
- 1964. Un taller de lapidario en el Pucará de Tilcara. RUNA, vol. IX, partes 1-2, 1958-59. Buenos Aires.
- 1968. Una construcción novedosa en la quebrada de Humahuaca (Jujuy). ETNIA, Nº 7. Olavarría.
- 1969. La instalación aborigen en "Pucara de Yacoraite" (Prov. Jujuy, Rep. Argentina). Olavarría.
- LAFON, CIRO RENÉ. 1954. Arqueología de la quebrada de la Huerta (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy. Publicaciones del Instituto de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, I. Buenos Aires.
- MADRAZO, GUILLERMO y OTTONELLO, MARTA. 1966. Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su borde. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce" de Olavarría, Monografías, I. Olavarría.
- MORRIS, CRAIG. 1972 a. El almacenaje en dos aldeas de los Chupaychu. Visita de la Provincia de León de Huanuco (1562), Iñigo Ortiz de Zuñiga, visitador, t. II. Huanuco.
- 1972 b. The Identification of Function in Inca Architecture and ceramics. Revista del Museo Nacional, tomo XXXVIII, 1971. Lima.
- 1978. L'étude archéologique de l'échange dans les Andes. ANNALES, 33º año, Nº 5-6, setiembre-diciembre 1978. París.
- MORRIS, CRAIG y THOMPSON DONALD E. 1970. Huanuco Viejo: An Inca Administrative Center. American Antiquity, julio 1970, vol. 35, Nº 3. Menasha.
- MURRA, JOHN V. 1975. Formaciones económicas y políticas del mundo andino. Instituto de Estudios Peruanos, Historia Andina 3. Lima.
- 1978 a. La organización económica del estado Inca. México.
- 1978 b. Los olleros del Inka: hacia una historia y arqueología del Qollasuyo. Historia, problema y promesa, Homenaje a Jorge Basadre, vol. I, noviembre 1978. Lima.
- 1980. Derechos a las tierras en el Tawantinsuyu. Revista de la Universidad Complutense de Madrid, vol. XXVIII, Nº 117. Madrid.
- RAFFINO, RODOLFO A. 1982. Los Inkas del Kollasuyu. La Plata.
- ROWE, JOHN H. 1946. Inca culture at the Time of the Spanish Conquest. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Handbook of South American Indians, vol. 2. Washington, D. C.
- SCHUEL, KARL. 1930. Ruinas de las poblaciones de los indígenas de la provincia de Jujuy. Quinta reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte, vol. 2. Buenos Aires.

- THOMPSON, DONALD E. 1967. Investigaciones arqueológicas en las aldeas Chupachu de Ichu y Auquimarca. Visita de la Provincia de León de Huanuco (1562), Íñigo Ortiz de Zúñiga, visitador, t. I. Huanuco.
- VALCARCEL, LUIS E. 1935. Los trabajos arqueológicos en el Departamento del Cusco: Sajawaman redescubierto (IV). Revista del Museo Nacional, vol. 4 N° 2. Lima.
- WACHTEL, NATHAN. 1976. Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570). Madrid.